

SIEMPRE HAY UN RETO PARA UN DESCOSIDO

Que nuestra Universidad podría ser mucho mejor de como es actualmente, y que eso tan solo se consigue sometiéndola a muy profundos cambios, eso lo sabemos muy bien todos los que trabajamos en ella, donde también, no debe olvidarse, hemos sido estudiantes hace ya más o menos tiempo. Por otra parte, somos conscientes de que la llamada **Convergencia Europea** traza las líneas maestras que habrá de seguir cada uno de los Estados miembros de la Unión para la próxima reforma de sus Universidades; y de que se trata tan solo de unas líneas maestras, ciertamente rígidas e intocables, pero que dejan un margen muy amplio a los Estados para su desarrollo y aplicación, por lo que son ellos, y solo ellos, los responsables únicos de buena parte del resultado final de estas reformas. A esto es preciso añadir que, en nuestro caso, la autonomía universitaria y las competencias de las Comunidades Autónomas dan como resultado que sean tres las instancias desde las que van a tomarse decisiones importantes para el futuro de nuestra Universidad. Y son precisamente los planes que se están elaborando en esas instancias más cercanas a nosotros los que nos suscitan una preocupación creciente, a medida que vamos teniendo conocimiento de ellos.

Nos preocupa que, con el argumento de que la Universidad debe atender a las demandas sociales, y haciendo una interpretación claramente reduccionista de qué sea la sociedad y cuáles sus demandas, se ponga la Universidad al exclusivo servicio de las empresas, como si su única función fuese proporcionar a éstas recursos (humanos e intangibles) que les resulten de utilidad para la creación de valor añadido.

Nos preocupa, consiguientemente, el probable olvido de otras demandas sociales no menos importantes, entre las que nos atrevemos a destacar estas dos: la sociedad reclama a los futuros profesionales, a quienes, andando el tiempo, vayan a desempeñar puestos de diversa responsabilidad social, que se preparen para asumirlas llevando a cabo estudios lo suficientemente completos y exigentes, como para que cuenten no solo con una formación sólida en su especialidad, sino también con una amplitud de miras y (¿por qué no decirlo?) con una cultura, que les permita estar a la altura de lo que la sociedad demanda de ellos; por otra parte, son muchas las personas que se dirigen a la Universidad (por primera o segunda vez), no tanto para

recibir de ella una formación que los haga empleables, cuanto porque en ella esperan encontrar el lugar adecuado para el estudio y para el cultivo de muy diversas artes y saberes.

Nos preocupa mucho, además, el que dentro de la Universidad misma adquiriera tal urgencia el ocuparse de la formación de los profesionales solicitados por las empresas, que de resultas se queden completamente eclipsadas algunas otras de sus funciones esenciales, como la de atender a aquellos campos de estudio en los que resulta más difícil hacer negocios o cuyos estudiosos no sean hoy por hoy requeridos por el Mercado de trabajo, lo que, por otra parte, no asegura que no hayan de serlo más adelante.

Nos preocupa, ya puestos a decirlo todo, que, no solamente los profetas de la llamada Convergencia Europea y los muchos pedagogos de salón que con ella se disponen a pescar en río revuelto, sino incluso la autoridades académicas de nuestra propia Universidad parezcan haber olvidado de pronto la existencia de la palabra *estudio*, palabra que, según parece, se deja sustituir con ventaja por la pareja compuesta de *formación e investigación*, vocablos ambos que se utilizan para referirse a la producción de recursos inmediatamente utilizables. Pero, (de eso nada! Con el cambio se nos ha quedado algo esencial por el camino.) Alguien que sepa un poco de qué habla puede pensar seriamente que habrá gente que investigue y gente formándose sin que nadie estudie?

Nos preocupa así mismo, ya que hablamos de las palabras, que de repente nuestras autoridades académicas se hayan puesto a hablar de un modo tan poco inteligible. Nos preocupa que, en vez de llamar a las cosas por su nombre, levanten una polvareda cuando hablan; hasta el punto de que no hay modo de aclararse sobre lo que dicen e, incluso, sobre si están diciendo algo. Nos referimos, por ejemplo, a las declaraciones del, aún a fecha de hoy, Sr. Vicerrector de Estudios de la UCM publicadas en la pág. 12 del núm. 21 de *Tribuna Complutense*, correspondiente al 15 de febrero pasado. Parece que da igual lo que se diga, como si ya ninguna palabra significase nada, o como si aquí, más que de un Espacio Europeo de Educación Superior, se caminase hacia una Convergencia en la Majadería.

Nos preocupa que, con la excusa de una Convergencia y un Espacio Único de Educación Superior, se olvide de repente algo tan importante para la Universidad como que es su misma esencia: que la Universidad es, a la vez, unidad y diversidad. En especial nos preocupa que los propios dirigentes universitarios puedan olvidar algo tan elemental como que en la Universidad no

pueden cortarse todos los trajes por el mismo patrón. Y esto parece olvidarse cuando no se reconocen las diferencias y peculiaridades a la hora de fijar los criterios de la llamada *Aevaluación de la calidad*, criterios que corremos el riesgo de que se conviertan a menudo en auténticas camisas de fuerza.

Nos preocupa que, como resultado de un nuevo sistema de financiación universitaria, los universitarios mismos pudieran llegar a concebir su propia labor como la producción de aquellas mercancías por las que las empresas están dispuestas a pagar. (Como si fuesen uno solo y el mismo estos dos asuntos, tan diferentes: qué hace que una Universidad sea una Universidad, y qué tiene que ofrecer a cambio de ser financiada! Mucho nos tememos que nuestros dirigentes estén dispuestos a algo así como matar la gallina de los huevos de oro.

Nos preocupa que, anegados en eso que algunos enterados denominan *Acultura de la calidad*, terminemos aplicando en las Universidades, y un tanto irreflexivamente, un sistema de probada eficacia en la gestión de las empresas que prestan un servicio a unos usuarios, como si la Universidad pudiese gestionarse al modo de una empresa; como si la Universidad fuese un negocio del sector de servicios. Esto no quiere decir que tengamos algo en contra de que se hagan negocios o de que existan empresas relacionadas con las Universidades, por supuesto. Lo que decimos tan solo es que malamente podrá la Universidad prestar servicio alguno, servicio evaluable según los principios y procedimientos propios de la *Acultura de la calidad*, si no es la Universidad algunas otras cosas además de eso.

Nos preocupa que, con ocasión de estas mudanzas que, según parece, se llaman *Aretos*, se les haga demasiado caso a quienes se presentan como expertos en educación universitaria, cuando hablan acerca de no sabemos qué procedimiento por el que cualquiera de nuestros *Aclientes* (*vulgo*, alumnos o estudiantes) adquirirá en breve plazo *Ahabilidades*, *Adestrezas* y *Acompetencias* sobradas (ignoramos la diferencia precisa que los nuevos glosarios tendrán a bien atribuir a estas tres palabras). La experiencia nos ha enseñado dolorosamente (baste recordar el estupendo cambio de la Enseñanza Media por una Enseñanza Demediada) que para tales expertos, como para cualquier hijo de vecino, es más fácil destruir lo poco que hay, que poner en pie la más pequeña parte de esa obra magna y admirable, pero incierta y vagarosa, que, según dicen, se proponen construir.

Nos preocupa, en fin, que cualquier debate sobre las consecuencias de la llamada

AConvergencia Europea@(pues acerca de la AConvergencia@misma lo que nos preocupa es que el debate sea imposible por el modo mismo en que se toman estas decisiones en la UE) se establezca, peligrosamente, como una discusión sin sentido a propósito de una de una decisión inevitable e irreprochable, ya que se trata, según parece, de elegir entre nuestra triste y mustia y descolorida realidad universitaria, por una parte, y un ideal esplendoroso, alegre, inmarcesible, incluso.)No suena todo esto a broma? Ni es tan triste lo que tenemos, como para que no merezcan conservarse muchas cosas (que pertenecen, por cierto, al terreno de los ideales más que al de sus realizaciones), ni tan prometedor resulta tirarlo todo por la borda a cambio de un puñado de promesas imprecisas, o de palabras huecas, o de vanas ilusiones.

10 de marzo de 2005

F.L.P.